

---

SRE, *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998, 369 pp.

El poeta argentino Leopoldo Lugones escribió en *La Nación* que “cuando dos repúblicas de América no tienen nada que intercambiarse, nada que comprar, nada que vender, lo mejor que pueden hacer es enviarse mutuamente poetas”.

En los doce ensayos que forman el libro *Escritores de la diplomacia mexicana* se aprecia que inteligencia y sensibilidad son cualidades de los verdaderos embajadores de la cultura, y también de los poetas. Por tanto, no sólo entre las repúblicas de América sino en todos los pueblos del mundo, ¿el mejor intercambio, no sería el de poetas que activaran las relaciones entre los países? ¿Los poetas, con Orfeo, dulcificarían a las mismas fieras, o aprenderían a cautivar, como las sirenas?

Aquí tenemos doce ejemplos de poetas: que despiertan simpatía, cultivan amistades con fino trato e inteligencia, intercambian ideas y valores y se forman mientras avanzan cambiando de horizontes. Abren puertas hacia mundos diferentes, al aprender otras lenguas. Se lanzan en los cambios de corrientes literarias, navegan en las ondas peligrosas de la economía y la política, en ocasiones “con remos que no pesan”, y en otras luchando contra los accidentales oleajes de los cambios de gobierno, o de las posibilidades del presupuesto, sin perder de vista que representan a México, y en vez de perderse “recorriendo el cuerpo de las actrices”, o en los bajos fondos, “donde se conserva —en pleno desvanecimiento de una civilización— el carácter de las cosas, de la civilización, de la lengua, de todo...”, de acuerdo con las aspiraciones del escritor naturalista, o realista, que fue Federico Gamboa. En vez de eso pudo, como literato de buena familia que era, y así lo confesaba, ocupar destacados puestos en la diplomacia, viajar por poblaciones desconocidas, escribir novelas, defender las mejores causas de la diplomacia mexicana, representarnos dignamente, como atestigua Emmanuel Carballo.

Amado Nervo quizá escuchó el canto de las sirenas y aprendió a ser cautivador. En su ágil “Crónica de tres tiempos”, Gustavo Jiménez Aguirre muestra a un Nervo cautivador, entre admiradores y admiradoras; en París, en Madrid, en Buenos Aires: hechizado y hechizando en la misma lengua que españoles e

---

hispanoamericanos comparten. Jiménez Aguirre cita a Bernardo Ortiz de Montellano, quien opinaba que la gran popularidad de Nervo “ha crecido en razón directa a la simplificación de su obra y algo personal suyo de lo que sus versos no son más que el reflejo, un deseo caritativo de ayuda, de consejo o de consuelo que atrae a su sala de recibo a numerosas personas”.

La excelente iconografía de esta obra nos permite apreciar el cambio en el tiempo, incluso por el vestuario: los uniformes de gala en diplomáticos como Federico Gamboa o Amado Nervo, elegantísimos y solemnes, con sombrero y espadín, acompañados por el lenguaje corporal del compromiso oficial, o social, mediante la seriedad, o las sonrisas de ellos y sus acompañantes, más la típica pose de Amado Nervo, en actitud semejante al “Pensador” de Rodin.

José Juan Tablada, en su retrato, ve hacia un horizonte lejano; Jorge Ruedas de la Serna lo interpreta como un personaje a la vanguardia, que caracteriza el cambio y la fuerza mediante una vocación de servicio, con vehemente necesidad de difundir las excelencias de nuestra cultura, y por lo cual es capaz de viajar al lejano Japón, y luego salvar distancias y residir en Bogotá, en Caracas, en Nueva York. Y aun de estudiar a fondo el inglés y hablarles a los estadounidenses en su propia lengua para convencerlos. Tablada, diplomático; Tablada, poeta; son admirables las diversas manifestaciones de su talento, sus poemas sintéticos, su versatilidad. Así, por Jorge Ruedas de la Serna, y por la iconografía de esta obra, convivimos con el escritor que se retrata, en 1929, con la gran Gabriela Mistral, y quien contó, entre otras, con la admiración de Octavio Paz.

En su ensayo sobre Enrique González Martínez (frente al retrato del poeta que recuerda al Hombre del Búho), Esther Martínez Luna lo recuerda como miembro distinguido del Ateneo de la Juventud; nos lleva de la mano a conocer su vida, sus acciones dentro de la diplomacia en Chile, Argentina, Madrid, en las que tanto se distinguió. Tras su labor eficiente como diplomático, González Martínez sólo lamentó el no haber tenido tiempo ni oportunidad de escribir más.

En la fina red que atrapa a estos escritores de la diplomacia mexicana, fotografías y textos vivifican las circunstancias históricas y políticas, en las cuales se desarrollaron: desde el porfiriato,

los cambios y efectos que produjo la revolución mexicana, hasta los sucesos de 1968 y la renuncia de Octavio Paz como protesta.

No siempre favorece la diplomacia a los poetas; en ocasiones, las cargas de trabajo administrativo, la necesaria función social, y hasta la fama alcanzada, les impiden ejercer su vocación. En el curso de la lectura de esta obra, constatamos que para ellos no todo es vida y dulzura; podríamos condensar estos accidentes de la carrera en algunas amenazas constantes como el desarraigo, desde la patria a un país extranjero, y aun del país elegido como segunda patria; el cese repentino, sin más explicaciones; las epidemias de pobreza que llegan a sufrir porque su sueldo no corresponde a la carestía reinante; la inclemencia de la temperatura, que agrava su situación, entre otras. A pesar de todo, podemos encontrar personajes como Efrén Rebolledo, de quien sabemos por el ensayo de Benjamín Rocha que trabaja incansablemente, siempre con eficiencia como segundo de a bordo en la diplomacia, mientras escribía poemas eróticos que sacralizan el amor carnal en contraste con el amor ideal.

En la cumbre aparece Genaro Estrada, “revelación de un carácter”, como lo presenta Héctor Perea. Creador de la doctrina de no intervención y autodeterminación de los países hispanoamericanos, y también autor de *Pero Galín* (entre otras obras de ficción), fue, en suma, uno de los diplomáticos más brillantes de México. Alfonso Reyes escribió este juicio sobre su carácter: “...el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento, tal era Genaro Estrada”.

El tejido histórico aproxima a los personajes, sus biografías se complementan, y esto nos permite captar una continuidad histórica y literaria a la vez, durante una etapa tan amplia que cubre desde el porfiriato hasta nuestros días.

A Octavio G. Barrera, más próximo que los anteriores a la generación de los años cuarenta, creador y director —lo recuerdo— de las dos revistas literarias más importantes en la historia de la literatura mexicana: *El Hijo Pródigo* y *Letras de México*. Gracias al ensayo de Lourdes Franco, resulta muy interesante recorrer los accidentes de su carrera diplomática y su excelente actuación como uno de los empleados “mejor educados y más instruidos”, tanto como para que “supiera ver y prever lo que otros no vieron, reunir lo disperso, conciliar lo distante y justipreciar el exacto valor de los

---

productos culturales de su tiempo". Ello queda claro en sus propias y originales palabras; Barreda señalaba que "creemos en el mundo imaginativo, pero igualmente en el mundo de la realidad. Quizá antes no creíamos en ésta. Ahora tantos ríos de sangre, tanto humo y fuego, tantos ladrones nos han hecho invertir nuestra vieja, nuestra maravillosa vieja postura: los pies en el aire, la cabeza en la tierra".

¿Hasta qué punto este afán del poeta de viajar, a veces para conocer nuevos horizontes exteriores, y otras, las más importantes, para llegar hasta el fondo de él mismo, se cumple en la vida diplomática? En resumen, José Juan Tablada viaja al Japón, descubre breves y expresivas formas nuevas de cantar, aprende otra lengua, cambia la capital del mundo de París a Nueva York, además de cumplir con sus tareas diplomáticas. Alfonso Reyes puede vivir un cosmopolitismo diplomático y a la vez expresar el universalismo literario, juzga Javier Garcíadiego, y es posible comprobarlo en el volumen y la calidad de su obra, sin que viajes y contratiempos desvíen su vocación y disciplina para el trabajo, a la vez que deja una grata huella en París, España, Argentina. Manuel Maples Arce, de acuerdo con la semblanza de Vicente Quirarte, se dedica al triple ejercicio de la literatura, la política y la diplomacia. Como literato es el fundador del estridentismo, corriente que si en su tiempo no dio todos los frutos que se esperaban, abrió nuevos caminos a la vanguardia.

José Gorostiza externó —recuerdo ese día— con el grupo de los ocho, los temas sobre poesía que después habría de repetir en su discurso de académico de la lengua. En su ensayo, Jesús Flores Olague subraya su rigor, conocimiento y emoción al servicio de México; su poema *Muerte sin fin* es único y pervivirá mientras hablemos en español.

Fernando Curiel Defossé escribe el retrato público de Jaime Torres Bodet, de quien admiramos su trayectoria como diplomático, funcionario, poeta y ensayista.

En su ensayo "Aquí, allá, ¿dónde?", Guillermo Sheridan, presenta a Octavio Paz en el servicio diplomático con un magnífico estudio en el que se aprecia la calidad de su obra diplomática, realizada mientras desarrollaba su obra literaria. Sheridan destaca, asimismo, la valentía de Paz al renunciar a seguir representando

---

---

al gobierno mexicano después de los acontecimientos del 2 de octubre de 1968.

A través del libro *Escritores en la diplomacia mexicana* percibimos la realidad de otros países y el momento histórico de nuestro. Los escritores y diplomáticos mexicanos viven el porfiriato; sufren los cambios de la revolución mexicana; asumen los sacudimientos que a distancia magnifican la violencia del país, y que como eco se repiten, multiplicados, en países extranjeros, lo cual dificulta su misión. Muchas veces, en el ejercicio de sus funciones diplomáticas, la voz poética se ahoga; el sueño de universalidad se ve constreñido por amenazas y vicisitudes: el desarraigo; el cese repentino; en ocasiones, la pobreza o un clima poco benigno. Contra esto, y a pesar de todo, como primeras figuras de la diplomacia y la poesía, o como segundas de a bordo en el servicio diplomático, trabajan, escriben, cantan, con breves poemas, con encarnizados poemas eróticos, cantan, sin perder el rumbo. Como en aquella obra de Chesterton del poeta entre los lunáticos, en la cual aquel poeta, a quien juzgaban loco, finalmente aparece como el único cuerdo.

La actitud de estos escritores y diplomáticos contribuyó a formar la tradición de valentía en la defensa de nuestros derechos, y en la preservación de los derechos humanos. Recordemos a Genaro Estrada, creador literario y firme defensor de los principios de intervención y autodeterminación con los que hasta hoy se puede detener a las más feroces fieras mediante la defensa de la soberanía, en ejercicio de la autodeterminación.

La investigación biográfica e histórica de los 12 escritores incluidos en este libro, y su captación con estilo ameno, carente de solemnidades y próximo a los detalles que revelan tanto, nos introduce a épocas históricas, pero también a las peculiaridades de carácter, inteligencia y sensibilidad de cada personaje. Así, establecemos con ellos vínculos de interés y simpatía, al conocer profundamente no sólo las causas de sus acciones, y sus efectos, sino el fino material de sus sueños, fatigas, angustias o soledad en medio de la multitud. Este tejer de sueños y realidades, en la amenidad de los diferentes estilos sobre la trama de los acontecimientos históricos, y literarios, nos permite seguir con vehemencia los 12 importantes ensayos que se incluyen.

Tradicición y cambio se alternan. Con innovadores de la literatura, como José Juan Tablada, Octavio G. Barrera, Manuel

---

Maples Arce y Octavio Paz, conviven admiradores de los clásicos, como Alfonso Reyes y, entre todos, el único, José Gorostiza. Voces en tono mayor o menor, voces que nos prestan para cantar, aunque sea simplemente para cantar: con Jaime Torres Bodet, con los Contemporáneos, con los estridentistas, con los innovadores, con voz tradicional, o no; para nosotros mismos, con la voz estos poetas privilegiados que representan a México en el exterior del país, y desde el interior de ellos mismos.

*Dolores Castro*

SRE, *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998, 369 pp.

Historia, biografía, política, literatura. Éstas son las cuatro palabras que se conjugan en el libro que nos reúne, *Escritores en la diplomacia mexicana*. Se trata, a mi modo de ver, de un libro inusitado, que pone en comunión a varias generaciones de escritores unidos todos por un rasgo común: su pertenencia al servicio diplomático del país. Resulta que algunos de los escritores más talentosos de México, atendiendo bien a una vocación o a una coyuntura determinada, se incorporaron en un momento dado a las labores de la diplomacia, representando a su país en el extranjero con un desempeño que en muchos casos merece el calificativo de sobresaliente. *Escritores en la diplomacia mexicana* es un mosaico en el que encontramos semblanzas de doce escritores que destacaron en estas tareas, y que su ocupación literaria, de otro modo, ha ya inmortalizado. El libro también podría titularse “casi un siglo de escritores en la diplomacia”, ya que abarca desde las postrimerías del régimen de Porfirio Díaz hasta la crisis del México institucional en la década de los sesenta. Cuando indico que en este libro se habla de algunos de los escritores más talentosos que ha tenido el país, señalo ya el carácter antológico de este libro. No es éste, por fortuna, un catálogo, un inventario con pretensiones de exhaustividad. Me atrevo a decir que no una docena sino centenares de escritores mexicanos han trabajado alguna vez, con mayor o menor fortuna, en el servicio diplomático. Dedicarle un capítulo a cada uno de ellos haría de esta obra un libro demasiado voluminoso